

EL LENGUAJE PRESIDENCIAL Y LAS PERSPECTIVAS DE PAZ

Por Eduardo Posada Carbó

Es difícil recordar un discurso del Presidente Uribe que hubiese provocado tantas reacciones como el que pronunció tras la bomba en la Escuela de Guerra el pasado 20 de octubre. Entre los formadores de opinión, tales reacciones fueron en su mayoría críticas. “Ofuscados”, les llamó Rafael Nieto a los analistas que respondieron con un “aguacero de recriminaciones” al Presidente.¹ Pero tan ofuscados como los analistas me parecen el Gobierno y algunos de sus aliados.

Este ofuscamiento se ve reflejado en las interpretaciones que el Gobierno, sus aliados y sus críticos han hecho de los cambios en el lenguaje presidencial: primero, en el cierto tono moderado desplegado por el Presidente Uribe en su segundo mandato y, ahora, en su vehemencia verbal tras la bomba. En su discurso del 20 de octubre, el mismo Presidente claudicó en sus esfuerzos por moderar el lenguaje porque, en sus propias palabras, se había creado “confusión en la ciudadanía”, se desorientaba a la Fuerza Pública, “en perjuicio de la política de seguridad”, y “lo peor”, no atraía “a los terroristas hacia la paz”.²

Según sus críticos, el Presidente regresó entonces a su discurso guerrero original, opiniones reforzadas por las descripciones de la prensa. “El lenguaje moderado y conciliador” de fechas recientes – de acuerdo con un reportaje en *Semana*, la había dado “paso, de nuevo, al Uribe ... que no ahorra calificativos contra su enemigo”, al Uribe “de la mano dura”. Un titular de *El Tiempo* describió así el

giro presidencial: “Uribe II volvió a ser Uribe I”.³ Esto era aparentemente lo que exigían algunos amigos del Gobierno. El ex senador conservador Enrique Gómez Hurtado había advertido a comienzos de octubre que no compartía “el cambio de lenguaje del presidente Uribe frente a los terroristas de las Farc”, porque constituía “una violación del contrato con los colombianos para su reelección”: “Nosotros votamos por el presidente Uribe por razones absolutamente contrarias a las que hoy se exponen”.⁴ Después del discurso del 20 de octubre, el líder de Cambio Radical, Germán Vargas Lleras, celebró que el Presidente hubiese “retomado su rumbo, aquel para el cual fue elegido... a la auténtica política que habíamos respaldado los colombianos en las urnas”.⁵

¿Cuál es, sin embargo, esa “auténtica política” que respaldaron los colombianos al reelegir al Presidente Uribe? ¿Es cierto que el supuesto Uribe I se caracterizó exclusivamente por el uso del lenguaje vehemente del 20 de octubre? ¿Existen acaso contradicciones entre un lenguaje moderado y la política de seguridad democrática? ¿Y por qué interesa preocuparse por la retórica presidencial?

* * * * *

Al intentar responder estos interrogantes, importa ante todo hacer dos aclaraciones. La primera, que esa simplista clasificación entre supuestos Uribe I y Uribe II ignora el lenguaje moderado que caracterizó la primera campaña presidencial de Uribe, y que mantuvo por lo general hasta bien entrado el 2003. Y segunda, que algunos acercamientos hacia la paz los había anticipado el Presidente Uribe durante la última campaña. Veamos.

El lenguaje ignorado del Uribe I.- Quienes insisten en identificar al Uribe I con el tono exaltado del discurso del 20 de Octubre – críticos y amigos del Gobierno -, habrían bien en repasar con cuidado las entrevistas y las intervenciones de Uribe, como candidato y Presidente entre 2000 y 2003. Lo que sobresale de dichos documentos es su medida en las palabras. Así lo señalé en anterior colaboración para la FIP: desde sus primeras entrevistas como candidato, y durante casi todo el primer año tras su elección, por ejemplo, las formas más comunes utilizadas por Uribe para referirse a las Farc, el Eln y las Auc fueron “grupos irregulares”, “actores irregulares armados”, “grupos violentos”, “alzados en armas”, “violentos”, al lado de otras expresiones como “elementos insurgentes” y “grupos al margen de la ley” o de las genéricas “guerrilleros” y “paramilitares”.⁶

Importa subrayar que esas fueron las expresiones utilizadas por Uribe después de los eventos trágicos del 11 de septiembre en los Estados Unidos. Fueron también las más utilizadas en momentos en que las Farc repetidamente exigía que se les dejase de llamar “terroristas”, como una de las condiciones para regresar a la mesa negociadora después del rompimiento del proceso de paz con la administración Pastrana. Y lo fueron incluso después de los ataques terroristas de las Farc contra la Casa de Nariño el día de su posesión, el 7 de agosto de 2002. Más aún, una semana después de dichos ataques, en el discurso de reconocimiento de las Fuerzas Armadas, el Presidente Uribe se declaró en favor de evitar las confrontaciones verbales. Repasemos con atención lo que dijo: “no vale la pena calificar al delincuente como arcángel o demonio. Hacerlo es un desgaste innecesario. En lugar de trabarnos en disputas verbales con grupos violentos lo práctico es la contención efectiva”.⁷

Este lenguaje no significó de manera alguna que el Presidente desconociera la existencia del terrorismo: ante actos terroristas, “hay que clasificarlos como tal”. No

creo que describir como terroristas las acciones que así lo son y los grupos que las cometen sea incompatible con un lenguaje moderado. Pero la forma en que Uribe – como candidato y Presidente - prefirió referirse a los “grupos armados ilegales” sirve de ejemplo, creo, al tono relativamente moderado que prevaleció en su discurso por un buen tiempo. Dicha moderación fue sólo finalmente abandonada tras las bombas de las Farc en el Club de El Nogal y en Neiva en febrero del 2003, aunque ya lo había endurecido en la Asamblea Iberoamericana de Ministerios Públicos, el 22 de noviembre de 2002. El discurso que marcaría cambios significativos en el lenguaje presidencial lo pronunció el 15 de abril del 2003, al inaugurar una brigada móvil en Villavicencio.

Vale, pues, esta primera precisión: el lenguaje vehemente del Uribe I “de regreso” no es ni el del candidato ni el del primer semestre de su presidencia, sino el del que tendió a dominar su discurso desde abril del 2003.

Las promesas de campaña y el supuesto contrato electoral.- Importa también aclarar aquello de la supuesta “violación del contrato” del presidente con sus electores, ante los acercamientos de diálogo con las Farc.

Uribe nunca excluyó el diálogo durante su primera campaña. Además, como lo muestran algunos estudios – en lo que se refiere al conflicto -, el electorado de Uribe en esa campaña fue más centrista que lo que sugieren sus críticos.⁸ De manera similar, Uribe tampoco excluyó la posibilidad del diálogo durante la campaña reelectoral. En abril de este año, ante la asamblea de la Asociación Nacional de Instituciones Financieras, ANIF, explícitamente dijo estar dispuesto a “cualquier negociación conducente a la paz” con las Farc.⁹ Hasta su propuesta de convocar una Asamblea Nacional Constituyente antecedió en varios meses a las elecciones – una novedad advertida en su momento por Alfredo Rangel -.¹⁰ No conozco estudios sobre

el electorado en las elecciones presidenciales del 2006 pero, en los informes de Gallup durante la campaña, la mayoría de los encuestados vieron en Uribe al candidato “mejor capacitado” para “lograr una paz negociada”. Y el 4 marzo del 2006, *El Tiempo* publicaba los resultados de una encuesta donde “el 62,6 por ciento piensa que el nuevo gobierno debe negociar con la guerrilla”.

Ante la falta de un programa explícito de gobierno en la última campaña, similar al *Manifiesto de 100 puntos*, no es fácil establecer con claridad el alcance de todas las propuestas presidenciales. Pero esta segunda precisión también es válida: no es cierto que el lenguaje moderado que volvió a utilizar el presidente antes del discurso del 20 de octubre hubiese constituido una “violación del contrato” con los colombianos. Decir que el Presidente estaba llevando el país a un “nuevo Caguán”, como lo sugirieron el ex senador Gómez Hurtado y el senador Vargas Lleras, me parece una equivocada exageración.

* * * * *

Importa apreciar el lenguaje moderado inicial de Uribe - en el período 2000-2003 -, con el fin de mostrar no sólo la compatibilidad entre aquel tono mesurado el mensaje de firmeza de su política de seguridad democrática, sino también su efectividad en ganar entonces el apoyo mayoritario de los colombianos.

No obstante, es curioso que el Presidente no reconociera públicamente los cambios del tono de su discurso en su primer período. “Al país le llama la atención el nuevo lenguaje para hablarle a la guerrilla, ¿esto es un propósito calculado?”, le preguntaron en una entrevista de *El Espectador* en junio del 2003. A lo que respondió: “Yo he matenido el mismo discurso desde que tenía el 2% en las

encuestas”. Esa falta de reconocimiento de su propia moderación inicial le llevó quizá a reflejar cierta desconfianza cuando durante su segunda administración regresó a un lenguaje mesurado.

Al clausurar el III Consejo de Ministros con las Cámaras de Comercio, organizado por Confecámaras, el pasado 4 de octubre del 2006, el Presidente explicó que había “propuesto un discurso moderado.... Para contribuir con ese lenguaje moderado de seguridad, a crear un clima de acuerdos de paz”, y se quejaba de que “entonces ya los mismos que criticaban el tono vehemente, ahora se aprovechan del lenguaje sereno para decir que abandonamos la política de Seguridad”. Tales críticas las tomaba como “un desafío a nuestro honor y a nuestro compromiso...: la política de seguridad la mantendremos con toda firmeza”. Uribe reafirmó que “la seguridad democrática no es un fin en sí mismo”, y que tenía tanta “determinación para la seguridad democrática como apertura para la negociación”. Pero dejó ver en su intervención que dudaba de la efectividad del lenguaje recién readoptado: “ayúdenme a explicarles a los colombianos”, les pidió a los asistentes del evento, “que el discurso moderado en materia de seguridad, que el Presidente de la República viene aplicando desde el 28 de mayo, día de la reelección, es para utilizar un lenguaje que contribuya a la reconciliación”.

* * * * *

Si me he ocupado más en el estilo que en el contenido del discurso presidencial es porque creo que su lenguaje y su tono condicionan el entendimiento público de su mensaje. Y, por consiguiente, su efectividad.¹¹

Sobre todo, me parece que la retórica emotiva adoptada por el Presidente el 20 de octubre distorsiona a los ojos de muchos el objetivo de su política de seguridad democrática que, en vez de entenderse como una propuesta de Estado de Derecho (y como medio para conquistar la paz) se confunde con una política exclusivamente guerrerista. Así se alimenta esa falsa disyuntiva entre paz y guerra, un parámetro mental equívoco en la concepción del conflicto y sus posibles soluciones.

Existen allí distinciones políticas sumamente sutiles que por ello exigen otro lenguaje, distinto del expuesto el 20 de octubre. Un lenguaje sereno que al tiempo de infundir confianza ciudadana y ánimos en la Fuerza Pública, refleje también firme determinación frente a quienes pretenden amedrentar con el terror a la sociedad y al Estado, y sirva a los propósitos de conquistar la paz y, claro está, de la pronta liberación de los secuestrados.

Es ése un reto que requiere del Gobierno prestar mayor atención a la retórica presidencial.¹² Y para ello cuenta con los antecedentes del discurso moderado expuesto por el mismo Presidente durante su primer mandato.

Noviembre de 2006

Referencias bibliográficas

¹ “Los ofuscados”, *Semana*, 29/10/06.

² Véase el texto completo del discurso en www.presidencia.gov.co

³ *Semana*, 22/10/06, y *El Tiempo*, 21/10/06.

⁴ *El Herald*, versión Carlos Murcia, 6/10/06.

⁵ Véase la entrevista con el líder de Cambio Radical en *El Tiempo*, 28/10/06

⁶ Véase mi artículo, “El lenguaje del presidente Uribe frente al terrorismo”, en www.ideaspaz.org, sección publicaciones/ comentarios, donde examino unas 17 entrevistas y otro número similar de discursos de Uribe, como candidato y Presidente.

⁷ “Reconocimiento de las Fuerzas Armadas”, 15/08/02, en www.presidencia.gov.co

⁸ Véase, en particular, el ensayo de Francisco Gutiérrez Sanín, “La radicalización del voto en Colombia”, en Gary Hoskin et al., *Colombia 2002. Elecciones, comportamiento electoral y democracia* (Bogotá, 2003), p. 93. Véase también el capítulo de Hoskin et al., en idem.

⁹ En rcn.com, 27/04/06.

¹⁰ Véase su columna en *Cambio*, 21/05/06. El que la propuesta de la Constituyente haya sido o no oportuna es tema para otra reflexión. Lo que aquí quiero registrar es el hecho de que ya había sido hecha por el Presidente.

¹¹ Obsérvese, por ejemplo, que mientras Uribe conservó un lenguaje moderado hasta mediados del 2003, la mayoría de los encuestados por Gallup favorecía “no dialogar” con la guerrilla y “tratar de derrotarlos militarmente”. Desde el endurecimiento del discurso la mayoría se ha mostrado favorable a “insistir en los diálogos hasta lograr un acuerdo de paz”. Si el Presidente desea motivar en la opinión un apoyo a una política de firmeza frente a las Farc, su discurso moderado parece entonces haber sido más efectivo en conquistar este propósito. Véase la encuesta de Gallup, de octubre del 2006, p. 101, en www.semana.com.

¹² Para un análisis crítico sobre cómo el Presidente Bush, a través de la “reconstrucción retórica” de los eventos del 11 de septiembre, fue capaz de “(re) crear la identidad nacional” y trazar la agenda en los Estados Unidos, véase Sandra Silberstein, *War of words* (Londres y Nueva York, 2002), y mis comentarios al libro en “Lenguaje, poder y políticas de paz” (www.ideaspaz.org), donde sugiero el vacío general de ese “despliegue estratégico del lenguaje” por parte de nuestros gobiernos.